

Salvador niño nos llama; no nos alejemos de él, no huyamos de sus miradas como nuestro primer padre.

¡Oh Jesus amabilísimo; de Vos esperamos recibir lo que nos falta para pagar nuestra deuda; dignaos bendecirnos, concediéndonos aquella paz que anunciaron los ángeles á los pastores, paz en este valle de lágrimas y paz en la eterna bienaventuranza!—
AMEN.

SERMON

SOBRE

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri erudiens nos.

Epist. ad Titum, cap. 2.º,
w. 11 et 12.

LA solemnidad de este día es antiquísima en la Iglesia. Ya se hace memoria de ella en las primitivas liturgias y en el sacramentario romano de San Gregorio el Grande, y desde entonces se celebraba, ya con el título de la octava de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, ya con el de la Circuncision, ya con el de fiesta particular de la Virgen María. Hoy la Iglesia nuestra Madre ha querido reunir bajo una sola estas tres solemnidades. Así es que el Introito, el Gradual y el Ofertorio son de la octava de la Natividad; la Epístola y el Evangelio son de la Circun-

cision, y las oraciones todas son en honor de la Santísima Virgen.

No fué menor la sábia Providencia al establecer que se celebrase hoy, primer día del año civil, según el cómputo de los romanos, y primero del año eclesiástico y cristiano, esta augusta solemnidad, en contraposición de las bacanales con que le celebraban aquellos. Acostumbraban los gentiles celebrar el primero del año con todo género de desórdenes, en honor del dios Jano y de la diosa de las Estrenas; se le veía correr por las calles y plazas, sin distinción de sexos, edades y condiciones, disfrazados con máscaras ridículas, de figuras obscenas y horribles, prorumpiendo en bestiales gritos de gozo, al verse transformados unos en fieras, otros en los más inmundos y viles animales. A tal punto llegaba la degradación del hombre.

Estos desórdenes fueron introduciéndose poco á poco entre los cristianos; llegaron á celebrarse también en las calendas de Enero las fiestas Lupercales y de las Estrenas. Entonces el celo de los santos Padres y de los pastores introdujeron el mismo día prácticas piadosas y de especial mortificación, ayunos y maceraciones, prácticas que vinieron cumpliéndose con el mayor rigor en los primeros siglos.

Hoy la Iglesia nuestra Madre, contemporizando en cierto modo con nuestra tibieza, se contenta con exhortarnos á que celebremos esta augusta solemnidad con todo recogimiento y edificación, procurando

inspirarnos horror á las máximas del mundo. Para ello, usurpando aquellas palabras del apóstol á su amado discípulo Tito, nos dice en la Epístola del oficio de este día: «amados míos, hé aquí apareció la gracia de Dios nuestro Salvador á todos los hombres, instruyéndonos, para que aborreciendo la impiedad, y abjurando los deseos y las máximas del siglo, seamos sóbrios, justos y piadosos.» *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri erudiens nos.*

Yo, pues, señores, poseído de este mismo espíritu, os haré algunas reflexiones sobre la enseñanza que nos trae este misterio.—AVE MARÍA.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri erudiens nos.

Epist. ad Titum, cap. 2.º,
v. 11 et 12.

El misterio de la Circuncisión de nuestro Señor Jesucristo es el gran misterio de las humillaciones y abatimiento de un Dios, locura para los gentiles, escándalo para los judíos; es la primera página del testamento y alianza de Dios con nosotros, y el principio del reinado del Salvador sobre los hombres. Es la piedra angular del edificio de nuestra adorable

religion, que une y enlaza y sostiene toda la economía de sus augustos misterios. Descendamos á detalles, y penetrémonos de su admirable correspondencia con las demás verdades de nuestra fé.

La ley de la Circuncision fué dada por el mismo Dios á Abraham. «Todos tus descendientes varones serán circuncidados; esta será la señal de alianza que hago hoy con vosotros,» le dijo el Señor. De aquí se sigue que siendo Jesucristo el Mesías, el Libertador y Salvador del mundo, el que habia de traernos la salud, y por el que habian de venir las bendiciones del cielo á toda la raza de Abraham, debia estar marcado con aquella señal, para que real y verdaderamente fuera de aquella descendencia, perteneciente á la familia con quienes el Señor habia firmado su alianza.

Es verdad que esta ley se habia establecido como remedio para purificar las manchas del pecado original, y que la carne adorable de Jesucristo estaba limpia de toda mancha; es verdad que Jesucristo no estaba obligado á la observancia de esta ley penal, que tanto le humillaba, haciéndole aparecer como descendiente de Adan prevaricador, pero habiéndose constituido fiador y Salvador del hombre, dice el Padre San Agustin, era preciso que fuese marcado con el carácter de pecador, para que pudiese satisfacer la pena correspondiente al pecado. Era preciso, añade el mismo padre, un Justo en que Dios se complaciese infinitamente por una parte, y á quien

pudiese tratar por otra como pecador, para poder hallar en sus merecimientos una satisfaccion plena, proporcionada á la culpa y á la majestad infinita del Dios ofendido. Era necesario, en una palabra, un Hombre-Dios para que pudiese padecer y que sus padecimientos fuesen de valor infinito; este gran misterio principia á realizarse en la Circuncision de Jesucristo.

Se habia dignado nacer en un establo de animales; los ángeles habian anunciado este feliz acontecimiento como precursor de una paz general y estable. Ya se habian cumplido todos los vaticinios relativos á la venida del Mesías; pero el mundo carecia aun de un Jesus, de un Salvador, hostia de propiciacion por sus pecados. En aquel divino Niño, dice el angélico doctor Santo Tomás, no hallaba Dios sino el objeto de todas sus complacencias; era la Persona augusta del Verbo, envuelta sí en la nube de la carne humana, pero una carne purísima, formada por la virtud del Espíritu-Santo en el seno virginal, y con la sangre de una mujer exenta hasta de la más ligera sombra de pecado. Pero circuncídase Jesus, y desde aquel momento se deja ver ya con la apariencia de pecador; desde aquel momento se dejó ver ya con las dos condiciones necesarias para ser el Salvador del mundo. Por eso hasta su Circuncision no quiso tomar este nombre, á pesar de habersele llamado ya por el ángel antes de su concepcion, porque hasta entonces no cargó en rigor sobre sus hombros el peso de nuestros

pecados, ni hizo la solemne obligacion de satisfacer por ellos, derramando las primicias de su sangre. Esta locucion, si bien no es exactamente teológica, explica con mayor claridad el misterio.

Era un adagio comun entre los gentiles, á pesar de los groseros errores de su politeismo, que los dioses no podian derramar sangre. En comprobacion de esto, nos refiere la historia profana, que los aduladores cortesianos de Alejandro el Grande, le habian persuadido que era descendiente de Júpiter, y que como tal se hacia tributar honores divinos; pero que habiendo sido herido de una saeta en la guerra, exclamó: «¡Oh, falsos aduladores é impostores infames; esta sangre que derramo me revela que no soy Dios!» La sangre que derrama hoy el tierno Jesus en su Circuncision, nos testifica que es verdadero Hombre, cual convenia que fuese el que habia de redimir al hombre.

Yo recuerdo, señores, en este momento, aquel diálogo divino que nos refiere Isaías, habido entre los ángeles y el Salvador del mundo en el dia de su gloriosa Ascension, cuando abriendo de par en par las puertas del cielo, se preguntan admirados: «¿Quién es este que viene á la mansion del Señor, con sus vestidos de púrpura, teñidos en sangre?» *Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus de Bosra?* A los que contestan los mismos ángeles en nombre del Salvador: «Yo soy el que, saliendo del seno del Padre, bajé á la tierra para garantir la jus-

ticia y salvar al mundo:» *Ego qui loquor justitiam, et propugnator sum ad salvandum.* Y los ángeles, más admirados aun, vuelven á preguntarle: «Pues si eres el Hijo de Dios, ¿cómo vienes con tus vestidos empapados en sangre? porque derramar sangre repugna á la majestad y la fortaleza de Dios;» *Quare ergo rubrum est indumentum tuum?* «Pero esta sangre, les dice el Salvador, es la sangre de mi humanidad, derramada por la salud del hombre. Esta es la sangre con que acredité mi mision de Salvador del mundo.» ¡Ah! ¡qué dulces y sublimes son estas ideas! ¡Oh, mi buen Jesus! dice mi Padre San Bernardo, ¿por qué has querido sufrir el tormento de la Circuncision, tú que ni has contraido ni has cometido pecado? *ad quid tibi Domine, Circuncisio? qui nec peccatum fecisti, nec contraxisti?* Y contesta el angélico doctor Santo Tomás: «para manifestar su profunda obediencia á la ley severa de la justicia eterna de Dios, que así lo exigia para salvar al hombre.»

Yo me represento, señores, este grandioso acontecimiento figurado en la entrada á su reinado de David, despues de la muerte de su perseguidor Saul. Este ingrato rey, desconociendo los multiplicados beneficios que habia recibido de David, le corresponde con un odio implacable, le procura todo género de males, quiere asesinarle muchas veces por su misma mano y muere, al fin, desesperado en su mal deseo. Sin embargo, David, al subir á su trono, castiga con la muerte al asesino de Saul, publica una ge-

neral y amplísima amnistía llamando á su gracia á todos sus partidarios, prodiga todo género de favores á sus amigos, parientes y favoritos, y despues pregunta por todas partes: «¿Por ventura queda alguno aun sin premiar de la casa de Saul, para que yo pueda ejercer con él misericordia?» *Nunquid superest aliquis de domo Saul, ut faciam misericordiam?* Del mismo modo exclama el divino David Jesus, nuestro Salvador, al acercarse al sacrificio de la Circuncision: «¿Hay algun pecador, algun enemigo de mi santidad que no haya recibido aun pruebas de misericordia? Pues vengan aquí todos, no para ser residenciados, sino para recibir el perdon más amplio y generoso. Esta sangre que hoy derramo es el precio de todos ellos.» *Nunquid superest aliquis de domo Saul, etc.*

Mi Padre San Bernardo aplica á este mismo intento aquellas palabras de Jonás cuando huía de la presencia del Señor, y se levantó la horrible tempestad, que puso en tan inminente peligro las vidas de todos: «si por mi causa se ha suscitado esta tempestad, arrojadme al mar:» *Si propter me commota est, etc.* Del mismo modo, dice el citado Padre, el Verbo de Dios, al ver la tempestad suscitada por la soberbia de los ángeles, y comunicada despues al Paraiso, diria á su Eterno Padre: «por mí se ha suscitado esta tempestad, pues cogedme y arrojadme al mar, al mar del mundo lleno de pecados, al mar de las tribulaciones, de los tormentos y de la misma muerte: yo derramaré por los promovedores mi

sangre, y la tempestad será calmada:» *Si propter me commota est, etc.*

Digamos, pues, en resúmen, que la Circuncision de nuestro Señor Jesucristo es el gran misterio de las humillaciones y abatimientos de un Dios, y la piedra angular del edificio de nuestra adorable religion, que une, y enlaza, y sostiene toda la economía de sus augustos misterios.

Pero ¡ay, señores, cuántas reflexiones se desprenden de la contemplacion de este augusto y soberano misterio! ¡Cuán poderosos motivos de gratitud, de amor y de confusion despierta en nuestras almas!

Motivos de gratitud á un Dios que así se humilla, se entrega al dolor y derrama su sangre inocente por nosotros, que por tantos medios y á todas horas le ofendemos, é ingratos despreciamos sus finezas tan gratuitas, como insolente es la injusticia de nuestra conducta.

Motivos de tiernísimo amor á ese Dios niño, santo é inocente, haciéndose pecador en la apariencia, por conseguirnos la justicia y la inocencia que hemos perdido por nuestra culpa.

Motivos de confusion por nuestras excusas, por nuestros frívolos pretextos para dispensarnos de la observancia de las leyes; la salud, las ocupaciones, la delicadeza, el clima, la condicion, todo, todo se pone en juego para sacudir el yugo de la ley. Vivimos engañándonos á nosotros mismos continuamente.

Pues bien, mis amados, tiempo es ya de que vol-

vamos sobre nosotros mismos. ¿Es posible, os diré con el Padre San Agustín, que sigais las mismas costumbres y cometais los mismos pecados que los gentiles, vosotros que haceis profesion de cristianos? ¿Cómo se compone vuestra religion con vuestras costumbres? Desde hoy, si los mundanos celebran sus funciones profanas, dad vosotros limosnas; si ellos se ocupan en músicas y cantares deshonestos, cantad vosotros las alabanzas del Señor; si ellos concurren á los teatros, venid vosotros al templo; si ellos se dedican á la lectura de novelas y libros impíos, leed vosotros obras de edificacion y de piedad. De este modo, siguiendo el espíritu de la Iglesia en la institucion de esta fiesta, conseguiremos al fin gozar de aquellas inmensas riquezas que nos tiene preparadas nuestro amable Jesus en el cielo.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR.

Postquam impleti sunt dies octo, ut circumcideretur puer.

Lucæ, cap. 2.º, v. 21.

LLAMA desde luego la atencion que la Iglesia nuestra Madre, llena del espíritu de Dios, haya señalado un Evangelio tan breve á una solemnidad cuya grandeza es admirable. Ya el Padre San Bernardo hizo notar esta circunstancia en uno de sus sermones sobre el mismo asunto que hoy nos congrega, deduciendo, como tambien deducimos nosotros, que aquí se oculta un gran misterio.

Y ciertamente, señores, que el Evangelio de hoy es aquella palabra abreviada de que hace mérito San Pablo en el capítulo nueve de su carta á los Romanos, enviada por Dios á la tierra: *Verbum abbreviatum*